

No le conocian, pero tal vez le adivinaban mejor que las personas que llevaban muchos años de vivir á su lado.

Causábales regocijo pensar que tal vez les fuera posible echar un bálsamo en las envenenadas heridas de aquel gran corazón.

Desde por la mañana no habia dado señales de vida, pero no se habian inquietado por eso, puesto que tenian toda la casa á sus órdenes. Seid habia hablado; todos en el palacio las obedecian como al mismo nabab.

Esperaban: tenian el presentimiento de que Montalt no las habia olvidado. En su esperanza no habia impaciencia, porque un secreto sentimiento de temor se mezclaba á su cariño reconocido.

Las horas de la ausencia habian hecho á sus ojos al nabab mas respetable, y temblaban casi á la idea de volverle á ver.

Pero en esto no habia la menor sombra de desconfianza. Desde hacia doce horas que habian llevado al Angel al palacio del nabab, no les habia ocurrido la idea de que pudiera haber en éste peligro ó inconveniencia.

La orden de Montalt las halló preparadas. Dejaron á Blanca con Nawu y salieron de la alcoba agarradas de la mano.

Así entraron en la habitacion de Montalt.

Permanecieron en el dintel de la puerta con los ojos bajos, encendida la frente y la sonrisa en los labios.

Montalt proseguia cerca de la carpeta.

Las miró un momento en silencio con admiracion como si le hubiese chocado encontrarlas tan bellas.

—Acercaos, dijo al fin.

Diana y Elena se adelantaron. Pero la entrevista estaba muy lejos de anudarse con aquella íntima familiaridad con que el sueño del nabab habia interrumpido la precedente, y la gentil mejilla de Elena se hubiera puesto aun mas bermeja si alguno le hubiese recordado que se habia atrevido á estampar un beso en la frente de aquel hombre.

Montalt estaba grave, casi severo.

—Buenas noches, Berta, dijo, tomando á las dos hermanas la mano; buenas noches, Luisa! Hace mucho tiempo que no os he visto. ¿Habeis pensado hoy en mí?

—Sí, mitor, replicó Elena.

—Gracias á vos, añadió Diana, hemos llevado socorros á los que amamos.

Montalt las miró de frente.

—¿Y no habeis sentido haberme engañado? murmuró.

—¡Engañado! balbucearon las dos jóvenes cambiando una mirada.

El nabab sonreia tristemente.

—¿Cuál de vosotras se llama Diana, preguntó, y cuál Elena?

Las dos hermanas se pusieron pálidas.

—¡Oh señor, señor! exclamó Diana; os ruego que nos perdoneis! La desesperacion nos impulsó á ve-

nir. Parecíanos que al dar ese paso arrostrábamos la censura del mundo. Os hemos engañado, es verdad, pero ha sido porque pensábamos en nuestro anciano padre.

—¿Vos sois Diana, dijo el nabab, y amais á Enrique?

—¡Enrique!,... repitió la jóven.

Pareciale que solo un poder sobrenatural podia leer en el fondo de su corazon.

—¿Y vos, Elena, prosiguió el nabab, amais á Roger de Launoy?... ¡Dios os haga felices, pobres niñas!... El amor hace sufrir mucho... Y cuando se dedican uno á otro dos corazones, sucede siempre que uno de ellos miente ó se engaña.

—Enrique es honrado, replicó Diana levantando la cabeza.

—Lo creo, dijo Montalt.

—Roger me ama, añadió Elena.

—¿Cómo no amaros, hija mia? ¿Quién sabe? Tal vez habré hecho mal. Dios lo quiera.

Su fisonomía cambió como si hubiera hecho un esfuerzo para sacudir su tristeza. Acudió á sus labios la sonrisa y tomó las manos de las dos niñas, estrechándolas contra su corazon.

—¿Por qué no me llamais vuestro padre? dijo casi alegremente.

Diana no respondió; pero Elena, mas atrevida por momentos, movió la cabeza.

—Porque nos reñis, dijo, y porque habeis adivinado nuestro secreto.

—¿Y si os perdono?

—Entonces os perdonamos.

Montalt las atrajo hácia sí, reuniendo sus encantadoras cabezas bajo un mismo beso.

—Gracias, hijas mias, dijo.

—Gracias, padre, respondieron al mismo tiempo las cariñosas voces de las dos hermanas.

Montalt permaneció algun tiempo contemplándolas en silencio. No se veia ya obligado á fingir para ocultar su tristeza; una espresion de alegría brillaba en su rostro.

—Es verdad, dijo; he adivinado un secreto sin embargo de que dejo dormir tanto mi espíritu. Os amo tanto, hijas mias, que no he podido menos de hacer lo que todos. He olvidado que habia muerto y que en mí no habia ni curiosidad ni deseo. He trabajado, procurando leer en la mirada... y lo he conseguido.

—¿No habeis averiguado mas que eso? preguntó Elena, aparentando indiferencia.

—Nada mas, señorita Berta, replicó el nabab. Estad tranquila; ignoro el nombre de vuestro anciano padre, que es un caballero. No sé mas sino que os amo, y que soy feliz al veros cerca de mi corazon.

—Tambien nosotras os amamos, murmuró Diana conmovida, como un amigo, como un padre.

Los ojos de Montalt vagaron un momento por el vacío.

—¿Sé yo por qué? pensó en voz alta. Dicen que soy un hombre caprichoso, y á veces lo creo. Sin embargo, hijas mías, creo que Dios os ha atravesado en mi camino para que sirva de algo bueno en la tierra. ¡Oh! no jugaré mas; lo que me queda es vuestro, hijas mías, y sereis ricas.

Se sonrió.

—Acordaos de que durante mucho tiempo os he perseguido. La sociedad me cree loco por galanterías y aventuras amorosas. ¡Pobre sociedad, que toma la desesperacion por el ardor y el desaliento por la fiebre! Al perseguiros no pensaba en mí. Vais á quererme mucho. Enrique y Roger, á quien tanto amaba entonces, me hablaban sin cesar de vosotras y queria darles un remedio contra su amor.

—¡Oh! dijo Diana con tono de queja; ¡queriais hacernos infelices!

—El amor es una desgracia muy cruel, hija mia. Al veros bellas como ángeles, me dije: he aquí lo que necesito. Y sin conoceros os oponia á vosotras mismas. Tomaba dos pobres cantoras para hacerlas rivales de dos nobles hijas de Bretaña. Ya veis, hijas mías, que en todo está la mano de Dios, pues que esta vez os ha defendido de mí.

—Padre, dijo Elena, besándole la mano con un estremecimiento de temor; ¡cuando reflexiono que hubiéramos podido odiaros!

El nabab bajó los ojos, oscureciendo su frente una nube.

—Tal vez hubiera sido eso mejor, dijo; ¿quién

sabe lo que serán mañana nuestros corazones? Cuando os veo me parece que está curada mi alma. Cuando os oigo llamarme padre soy feliz y me parece que no he tenido sufrimientos.

—Pero todo eso es una pura farsa, añadió levantándose bruscamente; vosotras no sois hijas mías, otro tiene derecho al amor que yo quisiera para mí!

Las dos hermanas le miraban tristemente sin saber qué contestarle.

Montalt recorria la estancia á grandes pasos.

Al cabo de algunos minutos se dejó caer sobre un sillón.

—¡Padre! dijo Diana tomándole tímidamente la mano; ¿estais enfadado con nosotras?

El nabab la estrechó contra su corazon con un gesto apasionado.

—¡Dos! exclamó, ¡oh! eso seria demasiado; ¡es verdad! ¡no he merecido tanta felicidad! pero si únicamente me hubiese concedido Dios una hija como tú, Diana, ó como tú, mi querida Elena, ¡cuánto habria cambiado mi vida, cuán pronto olvidaria la nada que sigue á la muerte!

—Vos, que sois bueno, ¿dudais?

—¿No vale mas dudar que olvidar?

Elena escuchaba sobrecogida por ese vago terror que la blasfemia inspira á la fe.

—¡Oh! dijo Diana con dolor, ¿habeis sufrido mucho?

—¿Si he sufrido? pronunció el nabab con voz sorda y con acento de amargura tan desgarrador, que las dos hermanas sintieron circular un frío glacial por sus venas. ¡Pobres niñas! Plegue á Dios ignoreis siempre lo que es un sufrimiento igual al mio.

Procuró sonreír, y este esfuerzo hizo mas dolorosa la espresion de profunda angustia que espresaban sus facciones.

Elena y Diana se le acercaron atentas.

—Pero creo, prosiguió Montalt con una especie de fatiga y de sarcasmo, que he hecho mal en sufrir. Muchos me tomarian por un loco si supieran mi historia, y tal vez fueran estos cuerdos. ¿Qué me han hecho? ¿me han asesinado, despojado, ó únicamente vendido? No. Yo tenia un amigo y una amante. Amaba á una jóven hasta el extremo de dar mil veces por ella la vida. Al otro, que era mi amigo desde que sentí palpitar mi corazón, le amaba hasta sacrificar mi amor.

“Era débil, ya me creia fuerte, ambos éramos casi niños. Lo ví desgraciado porque amaba en secreto á mi prometida.

“Tal vez hice mal, hijas mias, porque hay sacrificios injustos y crueles. La jóven tenia derecho á mi amor y ante Dios no tenia yo derecho para huir.

“Sin embargo, abandoné la casa de mi padre con las lágrimas en los ojos, yo, que no sabia aún mas que sonreír.

“Llevaba al destierro mi entusiasta amistad y el amor que debía llenar mi vida.

“¿De qué debía quejarme? Mi amigo se casó con la mujer que yo le habia cedido. Y un dia, en que desde muy lejos, un dia en que me acercaba á la casa de mi padre, y que me decia: “forzoso será sonreír al ver su felicidad,” encontré á mi amigo en el camino.

“Se negó á darme la mano. Interpuso entre los dos la puerta de su casa. Volví á partir con la muerte en el alma.”

A los ojos de las dos jóvenes asomaban algunas lágrimas.

—¡Pobre padre! dijeron cubriendo sus manos de caricias.

—“¿De qué debo quejarme? repitió el nabab con la mayor amargura; ¿qué iba yo á hacer en la casa de aquel hombre? Le habia cedido mi felicidad; tal vez creyera que iba á robársela. ¡Oh! pero la amaba tanto!

“¡Y la pobre jóven que es ahora su mujer! ¡abandonada, casi vendida por mí!

“¿Con qué derecho podia reclamarle un recuerdo?

“¿No habia yo desgarrado su existencia?

“Sabia únicamente que habian destrozado mi alma, ya que no mi cuerpo, él por haberme echado con su celosa desconfianza, ella porque le habia dirigido el grito supremo de mi arrepentimiento y de mi dolor y ella habia guardado silencio.”

Apoyó la frente en sus dos manos.

—“¡Oh! ¡la amaba! murmuró con voz trémula: veinte años han trascurrido desde entonces, y nunca he amado á otra mujer. He suplicado á Dios que me la hiciese olvidar. ¡Pero no ha querido escucharme! ¡La amo aún! ¡la amo! Esta noche me he vuelto loco oyendo contar una historia en que no sé qué mujer representaba un papel que podia asemejarse á su vida.

“Y ahora que os hablo estoy esperando como un pobre insensato. He visto una vaga esperanza en la noche de mi porvenir. ¡Si me hubiera engañado! ¡si como yo hubiera sufrido tambien ella!

“Espero para saber si debo vivir ó dormirme en la fatiga que me anonada.”

Calló.

Elena y Diana le escuchaban aún.

Habia en ellas una emoción poderosa y grave que las volvía mudas.

Uno de los negros entreabrió la puerta de la habitacion.

—Una carta para mitor, dijo.

La sangre refluyó á las mejillas del nabab.

—¿De dónde viene? preguntó con voz mal segura, mientras que el negro se le acercaba.

—De la fonda de las Cuatro Partes del Mundo, respondió el negro.

Montalt se puso mas pálido.

Temblaba su mano al tomar la carta. La miró

durante largo rato; hubiérase podido decir que no se atrevia á abrirla.

—Esta es mi sentencia, murmuró al fin sonriendo con tristeza.

Guardó la carta cerrada en su seno.

—¿No quereis saber? aventuró Diana.

—Despues, replicó el nabab, si mi deseo está satisfecho, tengo para regocijarme toda la vida; si mi última esperanza me engaña, tengo que sufrir durante una larga noche. Hablemos de vosotras, hijas mias, porque es preciso que al menos haga felices á algunos séres. Os he hecho ayer una promesa; no la he olvidado y voy á cumplirla.

Se dirigió al escaparate.

Tomó de uno de los cajones la llave del armarito que se encontraba á los piés de su cama.

—Mirad bien lo que hago, dijo; tal vez tengais necesidad de recordarlo.

Tomó del armarito la caja de sándalo y volvió junto á las niñas.

—He aquí toda mi fortuna, prosiguió. Nada poseo en el mundo mas que esta caja, que encierra un bucle de cabellos rubios. Cuando estoy solo acostumbro mirarlo y veo sonreir entonces todos los encantadores placeres de mi juventud. Este bucle está guardado por los diamantes que lo rodean. Para quitármelo seria preciso quitarme tambien los diamantes, cuya pérdida me dejaria mas pobre que un mendigo. No poseo ni mujer, ni hijos, ni fami-

lia; he querido hacer un brillante asilo á un caro recuerdo.

Llevó la caja de sándalo á sus lábios para besarla primero, y luego para arrancar con ayuda de los dientes algunos de los diamantes engarzados en la tapa.

Tomó cuatro y los examinó durante algunos segundos.

—Esta es la moneda que yo me he hecho, prosiguió continuando su exámen. Sé el valor de estas piedras tanto como si fuera tasador. ¿No me habeis dicho que necesitábais quinientos mil francos?

Elena y Diana no pudieron hallar respuesta: tanta sorpresa y emocion experimentaban!

—Me quedan aún cinco ó seis veces mas, prosiguió el nabab, que parecía contar mentalmente los numerosos vacíos señalados en la cubierta de la caja. ¿Y quién sabe si en adelante tendré necesidad de esta fortuna? He aquí cuatro piedras que cuando menos valen cincuenta mil escudos: os las doy, hijas mias.

—¿Será posible? exclamaron á la vez Diana y Elena.

—No lo agradezcáis, continuó el nabab bajando la frente á su vez. Aun os debo mucho mas. Hacia veinte años que estaba muerto mi corazon, y vosotras lo habeis resucitado en un dia. Sí, añadió fijando en ellas sus ojos enternecidos; habia olvidado el placer de amar. Benditas seais, hijas mias,

porque pedireis á Dios por mí cuando no me volvais á ver.

Las dos hermanas se estremecieron, llenándose su mirada de inquietud.

Montalt detuvo la pregunta que iba á salir de sus lábios.

—No temais nada, dijo; una vez que os he hallado, tendrá Dios piedad de mí. ¿Me amais?

—¡Oh padre, padre! exclamaron las dos jóvenes, que procuraban sonreír á través de sus lágrimas; os amaremos siempre.

Montalt sonreía tambien humedecidos los ojos.

—¡Queridas, queridas niñas! murmuró; os creo, y creo que todos seremos felices.

Habia depositado los cuatro diamantes en la mano de Diana.

Volvió hácia el armarito con objeto de dejar en él la caja.

Mientras que daba dos vueltas á la llave sonó el reloj: era media noche.

Montalt volvió hácia las jóvenes, pero sus lábios no sonreían ya.

—Diana, dijo, os confío esta llave. Tengo aún que deciros muchas cosas, pero necesito estar solo. Mañana á las ocho os volveré á ver, tal vez á las nueve. Si á las diez no hubiese vuelto aún, os servireis de esta llave, Diana; tomareis la caja de sándalo. Los diamantes que la cubren son vuestra herencia.

—¡Oh, padre! interrumpieron las dos jóvenes asustadas, estrechándole contra su corazón.

—Dejadme proseguir, replicó Montalt, que hablaba con voz triste, pero firme. La fortuna que os hago no es para que la entreguéis ni deis parte de ella á nadie. Únicamente me prometeréis que en el caso de que no volviere, destrozareis el bucle que encierra la caja. Prometedme quemarlo, hijas mías, y arrojar sus cenizas al viento.

Diana y Elena lo prometieron.

Querían hablar y descargar el peso que oprimía su corazón; pero el nabab las condujo en persona hasta la puerta.

Se precipitaron en sus brazos y las rechazó suavemente.

—Hasta mañana, hijas mías, dijo.

Estaba solo.

Por un momento permaneció junto á la puerta escuchando los pasos ligeros de las dos hermanas, que se alejaban por el corredor.

Colocó la mano sobre su boca como para enviarles el último beso.

Luego sacó precipitadamente de su pecho la caja puesta de Roberto.

La miró un momento antes de abrirla.

No se atrevía.

La respiración levantaba penosamente su pecho, y gruesas gotas de sudor inundaban su frente!

Al fin rompió el lema.

La carta estaba concebida en estos términos:

“El caballero de Las Matas tiene el honor de presentar sus respetos á lord Berry Montalt, suplicándole suspenda hasta mañana á la noche el asunto sobre que pregunta.”

La cabeza de Montalt cayó sobre su pecho.

—¡Mañana! murmuró.

Luego añadió desgarrando la carta:

—Moriré sin saber....

XI

PRIMER GRITO.



Los criados del palacio la temían. Acusábanla
 estaba ya armada de armas.
 podía tener ametralladora á su
 para una mujer de caderas estrechas que apenas
 podía y en actitud de la más completa
 ordinaria sentada en un sillón con los brazos ten-
 partida de las dos jóvenes. Estaba como de
 durante los primeros minutos que siguieron á la
 barse á las órdenes del nabab.